

XXVIII

Al día siguiente, Amurat IV, estimulado por este triunfo, llamó al divan á Ahmed-agá, jefe de los spahis y le ordenó que le designara y le entregara los mas culpables de sus soldados para hacer con ellos un castigo ejemplar. Habiendo Ahmed balbuceado y escatimado la obediencia, fué decapitado en pleno divan á una señal de Amurat.

Uno de los tribunos mas populares de las revueltas, Saka-Mohammed, llamado al palacio del gran visir se presentó en él con una escolta de sediciosos, que él capitaneaba, y lleno de confianza en su popularidad, quiso discutir con el visir en presencia de la muchedumbre.

« ¡Cortadle la palabra con el sable! » dijo por toda réplica el visir.

Su cabeza rodó con la de otro revoltoso, llamado Djanin. Sus cadáveres fueron al instante llevados sin ceremonia ninguna al mar. Los otros caudillos de los rebeldes y los jefes de partido se ocultaron, huyeron ó fueron ahorcados sin que el pueblo se conmoviese.

No hay cosa mas ingrata que la sedicion, cuando se apodera de ella el terror; despues de haber adorado los ídolos en sus jefes, no tarda en detestarlos como á corruptores. « *La muerte del asno regocija al perro,* » dice el proverbio turco. Los rebeldes de las provincias se apresuraron á delatar y á ser verdugos de sus cómplices. Enviaron al divan cabezas y miembros de facciosos para salvar sus propias vidas. El despotismo los halló tan viles como los habia encontrado insolentes la anarquía.

Uno de los jefes mas poderosos, Elías-bajá, vencido en Magnesia y sitiado en Pérgamo capituló con la condicion de que se le dejara la vida, los títulos y los honores como á los generales de Amurat. Osó presentarse en Constantinopla sobre la fé de esta amnistía. Amurat lo aguardaba en el palacio de recreo de Istawros, á la orilla del Bósforo.

« Giaur, » le dijo al apercibirlo, « ¿porqué no me has obedecido cuando te he enviado la orden de evacuar á Pérgamo y de ir á servirme en Damasco? »

— « Estaba enfermo, » balbució Elías.

— « Detestable embustero, » gritó el sultan, « no estabas malo para saquear á Magnesia, residencia imperial de mis antepasados. Que le corten la cabeza á ese traidor. »

Un bostandji se precipitó sobre él y le cortó la cabeza con su cuchillo.

Cada día de aquel año fué bautizado con el nombre de un suplicio ilustre. Mahmud-Oghli, asesino de Hafiz, fué estrangulado y arrojado al mar; Mustafá, defterdar elegido por los rebeldes, fué ahorcado delante de la panadería del serrallo; el polaco Bernawski, que se habia proclamado rey de los moldavos, y que disputaba este título al griego Elías protegido por los turcos, encerrado en las Siete Torres, fué decapitado y entregado á las olas. La corriente rápida del mar de Mármara al mar Negro, lavando las costas de Constantinopla, echaba allí todas las noches cadáveres de genízaros y de spahis en los que se reconocia con terror á los fautores célebres ó oscuros de las sublevaciones recientes ó antiguas. Miétras dormian las leyes, la venganza futura habia notado los nombres, y los crímenes; nada era olvidado ni perdonado. El sultan gozaba confundiendo su justicia, su política y su cólera.

Kæse-Alí y Feridun, conocidos por sus intrigas en tiempo de Redjeb, pagaron sus tenebrosos manejos con la vida. Feridun, creyendo llevar un schall precioso al bajá de Damasco, llevaba plegada en él, sin saberlo, la órden de su suplicio. Al desplegarlo cayó esta en tierra, y un momento despues rodaba por la alfombra la cabeza de Feridun.

El único vicio que los otomanos reprochaban á Amurat IV, vicio castigado por ellos en su favorito Muza, el Antinoos de los otomanos, era una amistad sospechosa con los pajes griegos de su córte. Para su influencia en el serrallo, su madre temia ménos á estos favoritos que á una rival.

Una tradicion, acreditada por testimonios históricos irrefragables, atribuye al fatal ejemplo y á la aguda réplica de uno de los compañeros de su juventud el cambio que pervirtió de repente en aquella época la sobriedad religiosa de Amurat y la trasformacion de su abstinencia de vino en aficion á la embriaguéz.

Hé aqui la tradicion, segun la cuenta el historiador francés Salabery, apoyado en datos de origen otomano.

Mustafá-Bekri, nieto del divino poeta de este nombre, era un jóven cortesano célebre por sus desórdenes y sus agudezas. Amurat, disfrazado un dia, percibió á un hombre tendido en un lodazal; juzgó que era un insensato; dijéronle que era un borracho. En el mismo instante, Mustafá-Bekri, Mustafá el berracho, se levanta y manda al sultan que se aparte. El brazo de Amurat, que estaba levantado, cae de repente al ver aquel exceso de insoléncia.

« ¿Cómo te atreves, » dijo, « á mandarme que me

« ponga á un lado, á mí que soy el sultan Amurat?

— « Y yo, » repuso el mozo embriagado, « yo soy « Mustafá-Bekri; si tú quieres vender tu ciudad, yo « seré sultan á mi vez, y tú serás Bekri-Mustafá. »

Amurat le preguntó en donde encontraría bastante oro para pagar á Constantinopla.

« Que no te inquiete eso, » repuso Mustafá; « mas « haré todavía; compraré además al hijo de la es- « clava (al padischah), te compraré á tí. » Y dicho aquello se volvió del otro lado y se quedó dormido.

Amurat lo hizo levantar y cubierto como estaba de barro lo mandó llevar al serrallo.

Disipados los vapores del vino, al cabo de algunas horas, Mustafá se admiró contemplándose en aquellos dorados apartamentos.

« ¿Por ventura estoy soñando? » dijo á los que le rodeaban; « ¿donde estoy? en el paraiso del pro- « feta? »

— « No por cierto, » le contestaron; « pero habeis « hecho tal trato con el sultan. »

Aterrado Mustafá, se fingió malo y dijo que se iba á morir si no se traía vino para reanimar sus fuerzas. Mustafá ocultó el jarro de vino debajo de su trage, cuando Amurat lo llamó, y le intimó que pagase muchos millones por el precio de la ciudad.

« Sublime emperador, » dijo el borracho alegre-

mente, mostrando el jarro de vino; « hé aquí lo que « podía comprar ayer á Constantinopla; creedme, si « poseyeseis semejante tesoro, veríais que era prefe- « rible al imperio del universo. »

— « ¿Como así? » dijo Amurat.

— « Bebiendo este licor, » replicó Mustafá.

El sultan se dejó persuadir y bebió grandes tragos de aquel líquido. No tardó mucho en parecerle estrecho el mundo entero; ya no habló mas que de proyectos grandes, y se sintió con tal alegría, que le pareció tener mas encantos que la diadema. Por fin se durmió; pero al despertarse algunas horas despues con un fuerte dolor de cabeza, hizo llamar á Mustafá, montado en cólera.

« Este es el remedio de vuestro mal, » repuso este sonriendo y presentando al sultan una copa llena de vino. Amurat la desocupó; el mal cesa, la alegría reaparece, Bekri-Mustafá gana su favor; y cosa extraña, se colocó á la altura de las dignidades de que fué revestido, sin rebajarlas.

XXIX

La severidad del sultan excitaba las represalias anónimas y los libelos satíricos de los partidarios vo-

luptuosos del tabaco, el café y el vino. « Echad á los « eunucos, » decia uno de estos epigramas, « que « nos roban el sueño recorriendo las calles con la « espada en la mano, y cerrando nuestras casas á los « placeres lícitos; ántes de proscribir lo *negro* (así « llamaban el grano del café), y ántes de proscribir « el inocente humo que sube al cielo, disipa, tirano, « el vapor de la sangre que haces brotar de los co- « razones oprimidos por tus verdugos. »

Los imanes y los scheiks de las mezquitas, mas atrevidos en sus quejas, las disimulaban con dificultad en presencia del mismo sultan con alegorías transparentes. Para escandalizar al pueblo con el contraste entre su tolerancia parcial de los grandes vicios y la represion sangrienta de los pequeños, recitaban en el púlpito una fábula de Nasireddin, el Bilpaý, el Esopo, el La Fontaine de los turcos.

Un hombre, dice la fábula india, sáira encubierta contra el despotismo, labraba un dia su campo con dos bueyes, uno gordo y fuerte, el otro pequeño y flaco, uncidos al mismo yugo; como el pequeño no podia abrir el surco, el labrador castigaba con el látigo al fuerte. — ¿Porqué castigas al que tira, le dijo un pasajero, y no al que se niega al trabajo? — Porque el pequeño, respondió el labrador, no hubiera tirado jamás, si no tuviera jamas á su lado el ejemplo

de la obediencia y de los esfuerzos del grande. Descargad pues sobre los grandes á quienes perdonais, y el pueblo seguirá vuestros preceptos. Tal era la moral de este apólogo.

Este murmullo sordo fué exasperado por la ejecucion injusta y repentina del juez de Nicomedia que el sultan mandó colgar en su presencia á la puerta de la ciudad, con su manto y su turbante de magistrado, porque yendo á Brussa, habia encontrado el camino mal compuesto. Los ulemas, ofendidos en su cólega, hablaron de sublevarse y de deposicion en la capital.

« Apresurad vuestra vuelta, » escribió á su hijo la sultana Koesem, que desde el fondo del serrallo observaba el rumor público; « se habla de deposicion. »

Amurat recibió este mensage cazando ciervos en los bosques del monte Olimpo. Sin volver á Brussa galopó hasta las orillas del mar de Mármara, se metió en una barca de pescador apesar de la tormenta que hacia buscar el puerto á los mayores buques, y atravesó la Propóntide en una noche. Al dia siguiente llegando sin que nadie lo supiera al palacio de Scutari en frente del serrallo, Amurat fortificó el poder despótico vertiendo sangre, y reconquistando su libertad con la venganza.

Pareció que respiraba con nuevo aliento. Su acti-

vidad marcial, su destreza á caballo, su vigor para lanzar el djerid, su presencia en todas partes, su indulgencia con los soldados, su inflexibilidad con los jefes, su elocuencia en el consejo, su valor en reprimir con su propia mano los primeros síntomas de murmuraciones ó sedicion, su fatalismo para desafiar al puñal de los asesinos en los tumultos de la soldadesca ó del populacho, contrastaban con su indolencia pasiva en el haren. El niño habia desaparecido, el hombre le habia reemplazado; pero el hombre depravado por la opresion que habia sufrido y la precocidad del despotismo que se habia visto obligado á ejercer. El recelo y la venganza gobernaban en lugar de las leyes; ni la gratitud siquiera servia de freno á su dureza.

Rum-Mohammed, que se habia opuesto á su destronamiento bajo Redjeb, habiendo dado muestras de independencian en Aintab, fué sacrificado de orden suya por Yusuf-Deli, bajá de Damasco, rebelde de otro tiempo, que queria probar su zelo contra los que se sublevaban entónces. Llamado poco despues á Constantinopla recibió por recompensa la misma muerte que acababa de dar á Rum-Mohammed.

La Arabia insubordinada era sometida por Koer-Mahmud, uno de los hombres que mas habian contribuido á sofocar los motines. Veinte mil casas que-

madas en tres dias en Constantinopla agitaron la ciudad, y Amurat mandó que se cerraran los cafés centro y eco de murmuraciones. Él mismo recorría á caballo por las noches las calles de la ciudad, seguido por una cohorte de verdugos que ajusticiaban instantáneamente á los infractores de esta orden.

Ningun soberano habia reprimido hasta entónces con mas autoridad el uso del vino: él mandó llamar al jefe de los bostandjis y le dió la orden, impía segun los otomanos, de intimar al muftí, á los jueces de Constantinopla y á algunos jefes de los malcontentos, que fueran desterrados á Chipre bajo pena de la vida. Mandó al mismo tiempo en secreto que les cortasen la cabeza á los que no hubiesen abandonado la ciudad al amanecer del dia siguiente. Recordaba que el muftí habia servido de garantía de la vida de su favorito Musa con el pérfido Redjeb, y aunque sabia que el muftí no habia tenido parte en la deslealtad del visir, Amurat gozaba en sacrificar dos víctimas por el crimen de un solo culpable.

Pasada la noche quiso convencerse por sí mismo de la ejecucion de su orden; atravesó el canal de Scutari, montó á caballo, siguió la playa del mar hasta el castillo de las Siete-Torres, y encontró en la orilla al muftí que no podia embarcarse, porque el viento era contrario, en el buque que debia lle-

varlo á Chipre. Afectó ver en este obstáculo una desobediencia á su voluntad, mandó á los bostandjis que se apoderaran del muftí, lo hizo meter en un carro de paja, y conduciéndolo á un pueblo inmediato, lo mandó ejecutar á su vista en casa de un genizaro, de Aya-Stefano.

Sepultóse al primer intérprete de la ley religiosa y de la ley civil, al jefe de los ulemas y de los scheiks en la arena de la costa. El magnífico sepulcro que se habia construido para sí mismo en Constantinopla esperó en vano su despojo: la tumba engaña como la vida. Así pereció el sabio Akhizade, culpable de haber arrancado un día á su soberano el objeto de un licencioso favor, y sobre todo de haber sido el jefe de la ley en un tiempo en que la ley no existia. Esta prontitud en la accion, y esta obstinacion en la venganza escandalizó las conciencias, pero acalló las murmuraciones.

XXX

Amurat se preparaba á conducir él mismo, á ejemplo de Soliman el Grande, trescientos mil hombres á

Persia para reconquistar á Bagdad. El gran visir estaba ya en Alepo, base de las operaciones contra los persas.

Sediciones que sofocó agitaron esta primera reunion de tropas en Alepo, ciudad tan turbulenta como Damasco. El aga de los genizaros fué depuesto por los revoltosos, y el palacio del gran visir fué apedreado. Sus guardias salvaron con dificultad su vida del furor de aquellos desalmados. El motin se ahogó con la sangre de los culpables; pero el jefe de los chiaux que se habia distinguido contra ellos, pereció por su fidelidad. Acusado por el gran visir de una adhesion excesiva que descontentaba al ejército, fué enviado á Constantinopla. Un camarero de Amurat lo aguardaba en el camino con un firman de muerte. Leyólo el aga, y llegó ablandar á su ejecutor demostrándole el error del padischah, y obtuvo que se difriese su suplicio hasta que hubiese probado su inocencia al mismo sultan.

Amurat fué tan ingrato é implacable como su visir: « Infame embustero, » dijo escuchando su justificacion, y contemplando las lágrimas de este servidor, « tú atizabas la sedicion que combatias despues; « hoy querrias sobrenadar, como el aceite, sobre las « olas tumultuosas... Que le corten la cabeza. »

Antes de partir para el ejército, Amurat IV resol-

vió purgar la capital, las provincias y las diferentes milicias de todos los que habian dado en la época de su minoría y debilidad, el menor indicio de turbulencia, de popularidad ó de connivencia con las facciones mal extinguidas. Quería que reinara el terror y el silencio durante su ausencia en derredor de su madre.

El sultan, servido por el zelo de los proscriptores, no desdeñaba el perseguir él mismo á las víctimas que sus espías no alcanzaban. El jefe de los emires (descendientes privilegiados del Profeta), Allamé, que habia sido huésped del muftí decapitado el dia en que este y los ulemas, sus convidados, habian murmurado con la libertad que da el festin, temia ser comprendido en la proscripción de sus amigos, apesar de su inocencia. Una noche oyó Allamé que lo llamaban desde la calle, y reconociendo la voz del sultan, bajó medio vestido y resignado á morir, á la orden del sultan. El sultan á caballo le ordenó que refiriera las circunstancias y las palabras mas secretas de esta fatal comida. Allamé le refirió que era una reunion accidental y privada, cuyo objeto era reconciliar al muftí con el jefe de los emires.

Durante este largo interrogatorio, que tenia lugar marchando Amurat, Allamé, sofocado, seguia con dificultad el paso ligero del caballo. Parecia que el

sultan gozaba con la ansiedad del anciano emir que corria al lado de su caballo, y blandia su sable sobre su cabeza. Al fin lo despidió, perdonándole la vida, y recomendándole mas severidad en lo venidero en las conversaciones con sus convidados.

« Yo soy el huésped invisible de todos mis esclavos, » le dijo; vuelve en paz á tu casa. » El emir refiere que necesitó mas de dos horas para desandar el camino que Amurat le habia hecho recorrer en pocos instantes, siguiendo sin aliento el trote de su caballo.

Durante estas ejecuciones en Constantinopla, el gran visir acababa de destruir en Siria la dominacion de Fakhreddin, el heroico caudillo de los druzos y de los maronitas, cuyo imperio independiente creado por él se extendia desde Trípoli hasta las fronteras de Egipto y las dos vertientes del monte Líbano. Los agitadores del imperio habian permitido á Fakhreddin que extendiera y afirmara su soberanía.

Cinco razas guerreras é industriales, los druzos, los maronitas, los metuolis, los hebréos y los árabes de Judea, reunidos bajo su mando, igualaban por lo ménos la fuerza de la Albania. El valor de Fakhreddin, su genio organizador, sus viajes á Florencia, en solicitud de la alianza y el auxilio de los Médicis, su marina, su comercio, los sitios inaccesibles de sus

castillos en el valle de Baalbek y en las gargantas del Líbano, su política blanda ó amenazadora respecto de los otomanos, entre el Egipto, Bagdad, Damasco y el monte Táurus, lo constituían, apesar de hallarse cercado por las tropas turcas, árbitro de la Siria y rival de los sultanes. Trípoli, Latakíe, Beiruto, la antigua Sidon, la moderna Ptolemaida sobre el mar, Baalbek, Jerusalem, Nazaréth, Safad, Tiberiade, Dairól-Camar ó *el convento de la luna* en lo interior, le ofrecían puertos, capitales, fortalezas, pueblos belicosos, marineros, reclutas, subsidios, obreros hábiles para sus fábricas de seda y armas.

De religion indecisa como todos los soberanos del Líbano que gobernaban muchas razas, cristiano con los cristianos, católico con los toscanos, druzo con los druzos, mahometano con los turcos, político sobre todo, su múltiple tolerancia hacia vivir en paz aquellos pueblos de opuestas creencias. Había creado en Siria ese patriotismo de las montañas del Líbano, que rebelde á veces, se restablece siempre bajo los grandes emires para defender la independencia común.

El emir Fakhreddin había levantado la Siria, con su reinado de veinte y cinco años al nivel de las civilizaciones mas florecientes de la Europa. La Toscana, que era su modelo, y los Médicis, aliados suyos, no

tenían en las campiñas de Florencia, de Pisa y de Luca una agricultura mas rica ni una elegancia de costumbres mas refinada. La llanura de Beiruto y el valle de Bkaa, dominado por el Acrópolis de Baalbeck, convertido en ciudadela por Fakhreddin, eran los jardines del Asia Menor. Aun se admiran allí las ruinas moriscas é italianas de los palacios, de las quintas, de las fuentes, de los acueductos, de los caminos, de los monumentos de este gran heredero de los khalifas y de los cruzados, representados por un solo hombre.

Al aparecer la vanguardia de los trescientos mil turcos que el gran visir reunía con el pretexto de la guerra de Persia en Alepo, Fakhreddin, previendo que lo arrebataría aquel torrente de hombres, había insurreccionado la Siria y pasado á cuchillo á veinte mil spahis, acantonados entre Alepo y Trípoli.

Atacado por el ejército del gran visir, que quería vengar aquel exterminio, había vencido á Mizereb; pero derrotado despues en el valle de Bkaa, su hijo había muerto en el campo de batalla. y él mismo, licenciando sus reclutas de las dos Sirias, se había refugiado con los veteranos en las gargantas inaccesibles del alto Líbano. Perseguido hasta en sus cavernas por treinta mil otomanos que casi lo tenían encerrado en su asilo, se rindió con dos hijos

suyos á Ahmed-bajá, que mandaba el ejército de Siria.

Enviáronlos á Constantinopla, y él murió allí, sin que su desventura eclipsara su gloria. Sus hijos fueron educados con los pajes del sultan para perpetuar en las altas dignidades del imperio un nombre famoso entre los cuatro pueblos. Su derrota dejaba á la Siria sin alma, y el camino de Mesopotamia abierto á Amurat IV.

En el momento en que la fortuna le entregaba á este ilustre rebelde, el resentimiento de los genízaros contra otro rebelde antiguo, el célebre Abaza, lo vengaba del terror que le habia inspirado en su cuna. Como se ha visto ya, Abaza habia sido indemnizado de la pérdida de Erzerun con el gobierno de Bosnia. Los genízaros de su provincia, á quienes odiaba sin disimulo, conspiraron para perderlo con una familia poderosa de Bosnia, la familia de los Loboghlis. Se precipitaron sobre él un dia de caza y lo hirieron á sablazos. El intrépido y vigoroso Abaza se defendió como un leon contra aquel asalto, reunió su escolta, mató con su propia mano al jefe de los genízaros, y dispersó á los demás.

La muerte de toda la familia de los Loboghlis, y un ataque, impolítico en aquel momento, de la ciudad veneciana de Zara, descontentaron al sultan.

Nombrósele comandante de Widdin, adonde se trasladó con sus tropas de Bosnia. Era el momento en que el czar de Rusia pedia á los turcos que Abaza atacara á los polacos, mientras que el emperador de Alemania, ocupado con las revueltas del imperio, no podia socorrer á la Polonia contra los rusos y los turcos reunidos. El khan de los tártaros inundó en efecto con Abaza las llanuras de Kaminiec.

Después de esta expedicion dudosa, Abaza fué llamado á Constantinopla. En la escolta de Amurat iba á caballo el dia en que este soberano mandó matar al muftí en la orilla del mar.

Amurat IV, apesar de las protestas de los polacos, fautores de las perpétuas incursiones de los cosacos del Don, partió con el jefe circasiano y cuarenta mil hombres por el camino de Andrinópolis. La guerra, confiada de nuevo á Abaza, fué breve y seguida de una paz precaria. No se puede descubrir una política fija y regular en esta república de Polonia, gobernada por las oscilaciones continuas de su aristocrácia ecuestre y de su demagogia militar. La ambicion de los grandes y la turbulencia de los campamentos, la lanzaban diez veces en el mismo siglo en la alianza de los turcos, de los húngaros, de la Alemania, de los tártaros, de los suecos, de los cosacos ó de los rusos, tan fluctuante en la guerra como incierta en la paz,

Amurat, que se habia quedado en Andrinópolis para observar á sus generales, continuaba allí sus trágicas ejecuciones. Un jóven y hermoso bosniaco, hijo de un comerciante griego de la provincia, llamado Mustafá, habia sucedido á Musa en el afecto del príncipe. Este favorito habia estado al servicio de Hassan, bajá de Bosnia, ántes de fascinar á Amurat. Quería borrar con la sangre de su antiguo señor el recuerdo humillante de su primera servidumbre. Hassan-bajá, calumniado por él, fué condenado á muerte por una órden secreta. Suleiman-bajá, gobernador de la provincia en reemplazo de Hassan, fué encargado de la ejecucion de su predecesor.

Suleiman partió de Andrinópolis con cuarenta ginetes para ejecutar esta órden. Un amigo que Hassan tenia en la córte, llamado Schaban, supo veinticuatro horas despues de la partida de Suleiman el objeto de su viaje. Montó á caballo y sacó algunas horas de ventaja al nuevo bajá. A su llegada á Serai, residencia del gobernador de Bosnia, halló á Hassan en la mezquita en la oracion de la noche; se acercó á su oído y le dijo que su sucesor y su verdugo estaba á las puertas de la ciudad, y no tenia que perder un minuto si queria salvar su vida. Saliendo precipitadamente de la mezquita, y desapareciendo á favor de la oscuridad, Hassan se ocultó en casa de

su hermana, y se metió vestido de mujer en el haren.

Burlando de esta suerte las pesquisas de Suleiman, se refugió en una caverna del monte Arighan en Valaquia. Vendido por el pastor valaco que le traia pan y leche, y viendo de léjos á los soldados á quienes el pastor habia indicado la caverna, Hassan lo mató de un flechazo y desapareció en la espesura, logrando llegar á Constantinopla, en donde esperaba tener mas adelante mejor fortuna.

Treinta dervises de Andrinópolis se habian apostado en un desfiladero por donde el sultan debia pasar de vuelta de una cacería, con intencion de pedirle limosna para su convento; su repentina aparicion asustó al caballo, que se encabritó y tiró al ginete al suelo. Este castigó el accidente como un crimen, y las cabezas de los treinta dervises rodaron en un instante á sus piés.

No era necesaria para morir la conviccion; el golpe se descargaba ántes de desvanecer la duda. Uno de sus servidores fué empalado porque se habia perdido un diamante que se halló despues; un paje fué estrangulado porque jugando con el sultan al juego ecuestre del *djerid*, habia inclinado el cuerpo para evitar el golpe, y burlar la destreza de su señor; el poeta Nefii, el Juvenal de los turcos, en otro tiempo

comensal y protegido de Amurat, creyó que podia escribir algunos versos epigramáticos contra el caimakan Beiram-bajá, el Sejano de este Tiberio; Beiram pidió venganza á Amurat :

« Yo te doy su cabeza, si los ulemas te la conceden, » respondió Amurat. Los ulemas consultados y ofendidos por los epigramas del poeta, ratificaron la sentencia. Nefii fué enviado al suplicio. Tenia un hábito tan inveterado de satirizar, que sus últimas palabras fueron epigramáticas. El aga de los chiaux, encargado de conducirlo á la orilla del mar, lugar de su ejecucion, cometió la barbaridad de decirle en el camino : — « Sígueme, Nefii; vamos á un sitio en « donde podrás cojer madera para hacer flechas.

— « Necio maldito, » le replicó sonriendo el poeta, « ¿ quieres tú tambien meterte á satírico?... »

De vuelta de la guerra de Polonia, Abaza no se libró de la envidia que el favor de este antiguo rebelde, convertido en el mas elegante de los cortesanos, inspiraba al caimakan Beiram y al favorito Mustafá. Abaza, cuya rebelion habia sido una brillante fidelidad al trono de Othman, hallaba en el ánimo de Amurat la excusa de su crimen, en el motivo del crimen mismo.

El sultan no podia odiar á un hombre que habia trastornado por espacio de diez años el imperio, y

pasado á cuchillo cuarenta mil genizaros para castigar la muerte de un sultan.

La fama, las riquezas, el valor caballeresco, la gracia, la elocuencia natural, la adulacion hábil, la inteligencia cultivada de este circasiano hacian de él el Alcibiades de los otomanos. Jamás salia el sultan á caballo sin que lo siguiera Abaza. Sus caballos, sus armas, su equipo, su traje, servian de modelos á la juventud de los ejércitos. Corria el rumor de que Abaza recibiria muy pronto el mando del ejército de Persia, y que prometia conquistar el Iram en una sola campaña.

Tanta presuncion y favor apresuraron su fin ; el favorito no le perdonaba sus severidades en Bosnia contra su familia, cuyas riquezas codiciaba Abaza. Acusábanle además de haber recibido presentes considerables de los armenios para apoyar la pretension de estos cristianos contra los griegos á la posesion del Santo Sepulcro de Jérusalén. Abaza, interrogado familiarmente por Amurat acerca de la cantidad del regalo, ocultó la verdad. El sultan no le perdonó esta mentira. Le decian que Abaza disimulaba las riquezas que reunia en su palacio del Bósforo, porque pensaba pagar con ellas otra rebelion contra su señor. La sospecha se apoderó del ánimo de Amurat : montó á caballo ántes del amanecer, y salió, seguido del

jefe de los bostandjis para evaporar su cólera. Yendo por la playa estrecha del mar, que servia de camino delante del pueblo de Beschiktasch, hoy palacio de los sultanes, lo halló obstruido por un carro tirado de bueyes, que guiaba un paisano búlgaro. Amurat lo atravesó con una flecha, y el carretero herido cayó en tierra.

« Vé y córtale la cabeza, » dijo Amurat al bostandjis. El aga, mas humano que su señor, corrió hácia el paisano derribado en tierra, y fingiendo creer que estaba muerto por salvarle la vida, volvió hácia el sultan sin haber desenvainado el sable. « Vuestra Majestad viva dilatados años, » le dijo, « el alma del insolente ha volado de su cuerpo apénas le ha tocado vuestra flecha. »

Amurat volvió mas preocupado al pórtico de Santa Sofia. Allí, sin apearse, envió á Djudjé, aga de los bostandjis, con una orden al caimakan Beiram, que celebraba el divan en este pórtico, para que mandara matar á todos los Armenios corruptores de Abaza, que debian aquel dia presentarse en su audiencia. Djudjé, con el objeto de que no lo conocieran los armenios que asediaban ya las puertas, se quitó el traje de aga en un cuerpo de guardia inmediato, y entró en el pórtico con el de un simple soldado del ejército de Rumelia. El caimakan lo conoció bajo el disfráz,

y haciéndole un signo para que se acercara : « ¿ Qué hay de nuevo? » le preguntó por gestos en el lenguaje de los mudos, practicado en el serrallo. — « Gran cólera del señor, » contestó el bostandji, en la misma forma. En seguida, le comunicó la orden para matar á los armenios. El caimakan y los jueces de su divan temblaron, pero obedecieron. Las cabezas de los principales armenios fueron enviadas al serrallo.

Abaza llegaba á él en aquel momento para acompañar al sultan al paseo acostumbrado. Amurat mandó que le encerrasen en la pajarera del serrallo. En seguida escribió un firman de muerte y lo envió con Djudjé á su antiguo favorito. Abaza inclinó la cabeza contemplando el firman.

« Es la voluntad del padischah » dijo, y se arrodilló para orar. Su cabeza cayó con el último versículo de la *sura* de los muertos. La mano de un sultan lo castigaba por haber derramado mucha sangre para la consolidacion del trono.